

**PETER BLAUNER**

**LUNA DE**

**CASINO**



*Colección Pulpo Negro*

ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:  
*Casino Moon*  
Simon & Schuster  
Nueva York, 1994

1ª EDICIÓN: MARZO 2012

Publicado por  
ES POP EDICIONES  
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid  
[www.espop.es](http://www.espop.es)

© 1994 by Peter Blauner  
© 2012 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez  
© 2012 de esta edición: Es Pop Ediciones

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:  
Rafael Díaz Santander y Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:  
El Pulpo Design

LOGO:  
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN:  
Huertas

Impreso en España  
ISBN: 978-84-936864-6-8  
Depósito legal: M-4739-2012

*Para mi hijo,  
Mac,  
y mi madre,  
Sheila*



## AGRADECIMIENTOS

Esta es una obra de ficción sobre Atlantic City. Aunque algunas de las instituciones descritas en el libro son reales, los personajes y sucesos no lo son.

Quiero agradecer a las siguientes personas la ayuda prestada: Bill Tonelli, Suzan Karpati, Robert Flipping, Lou Toscano, Glenn Lillie, Shannon Bybee y todo el personal del Hotel-Casino Claridge, Mary Jean Arriola, Tim Voigt, Gay Talese, Vin Czyz, Steven Smoger, Larry Holmes, Thomas Hauser, Ferdie Pacheco, Joe Sayegh, Alia Sayegh, Gail Marrandino, Doug LeVien, Iggy Pop, Robert Lacey, Paul Solotaroff, Pat Pileggi, Dave Lewis, Otto Penzler, Kate Stine, Wayne Kral, Michael Siegel, Dominick Infuso, Carl Sifakis, Roger Gros, Bobby Fox, Chris Smith, Pat Dodd, Bobby Czyz, Steven Griffin, Casandra M. Jones, James B. Harris, Joanne Gruber, Dan Tyre, Gleason's Gym, Mark Pfeffer, Fran y Barry Weissler, Fran Kessler y, por supuesto, a Peg.

Como siempre, Arthur Pine y Lori Andiman han estado en mi esquina. Y me gustaría dedicarles un agradecimiento especial a Richard Pine y a Clare Alexander, dos campeones que se mostraron dispuestos a recorrer la distancia.



*Algunas personas nunca aprenden a ser buenas.  
Una cuarta parte de nosotros es buena.  
Las otras tres cuartas partes son malas.  
Es una pelea desigual, tres contra uno.*

—MEYER LANSKY

*En los sueños comienzan las responsabilidades.*

—W. B. YEATS





## 1

A medida que los colores fueron desapareciendo del cielo, las luces rojas de los casinos que bordeaban la costa se encendieron para reemplazarlos. Lentamente, docenas de gaviotas comenzaron a volar en círculos alrededor del deslumbrante luminoso situado en lo alto del Trump's Castle, como hojas de papel atrapadas por un ciclón.

Yo estaba vigilando desde el aparcamiento de un club llamado Rafferty's, al otro lado de Gardner's Basin, una pequeña explanada en la que aparcar en batería, alumbrada por un neón azul de cerveza Schaefer colgado en la ventana. En aquellos días pasaba una o dos veces por semana para ayudar a sumar los recibos y las facturas de los licores. Pero aquella noche mi padre me había convocado a una reunión especial y sabía que no sería para repasar facturas.

Me demoré un rato afuera intentando que se me ocurriera un motivo para no entrar. Revisé tres veces mi Filofax, deseando haberme equivocado de noche. Pero allí estaba: 3 de junio a las 7:30 p.m. Una pequeña franja rosa asomaba bajo la negra falda de la noche. Vi una luz cruzar el cielo y pensé que podría ser una estrella fugaz. Pero antes de que tuviera oportunidad de pedir un deseo, se convirtió en un avión que siguió parpadeando de camino hacia Filadelfia. No tenía ningún sentido retrasar lo inevitable. Me abotoné la chaqueta y entré a ver a mi padre.

En el interior, el club era lo que mi viejo habría llamado un local verdaderamente *fugazi*. Espejos ahumados en las paredes, una mullida alfombra roja que habría lucido bien en un burdel o en la sala de espera de un aeropuerto, y una centelleante bola de discoteca colgando del techo que debía de haber parecido moderna allá por 1977. Se suponía que aquella noche el club estaba cerrado, pero la bola seguía dando vueltas.

Mi padre estaba sentado al fondo, en un reservado, charlando con Richie Amato y un tipo llamado Larry DiGregorio que tenía una empresa de alquiler de volquetes en Brigantine.

Tan pronto como vi a Larry allí sentado empezó a palpitarme la cabeza y se me aceleró el corazón. Sabía que tenía algún tipo de problema con la pandilla de mi padre. Era un tipo agradable y educado que tenía un ligero tartamudeo. Lo conocía desde que era niño. Siempre meticulosamente pulcro. Nunca un pelo fuera de lugar en el casco de acero gris que llevaba por peluca y nunca una mancha en su camisa blanca perfectamente planchada. Sin embargo, no tenía barbilla. El cuello le comenzaba prácticamente en la boca.

Me había pasado todo el trayecto rezando en el coche para que Larry no apareciera aquella noche. Pero al encontrármelo allí sentado con una cerveza, junto a mi padre, no se me ocurrió qué podría hacer. Esperaba poder hablar un momento a solas con mi viejo para intentar persuadirle de que se olvidara de aquella locura.

—Mira quién ha decidido aparecer —dijo mi padre.

—Don quiero y no puedo —aportó Richie.

Mi padre (que en realidad era mi padrastro, si queremos ponernos pica) se llamaba Vincent Russo. En aquel momento tenía sesenta años, pero se desenvolvía como alguien veinte años más joven. Sus músculos no eran de esos que consigues levantando pesas, sino abriendo *containers* con las manos. Su rostro era un registro de todas las palizas que había recibido en comisarías y

patios de prisión sin ceder ni delatar a nadie. Cuando sonreía, mostraba dos hileras de dientes rotos y partidos. Era el hombre más leal que he conocido en mi vida. Si le caías bien, recibiría un clavo en el corazón por ti. Si no, nunca descansaba hasta rodearte el cuello con alambre de gallinero.

Había sido el mejor amigo de mi verdadero padre, Mike, hasta que éste desapareció. Después de aquello, Vin dio un paso al frente y se encargó de mi familia. Cortejó a mi madre con crisantemos y escocés Etiqueta Negra, y jugó conmigo a la guerra y a la petanca en el jardín trasero. En el otoño, cuando finalmente me di cuenta de que mi verdadero padre no iba a volver y todo el mundo pasó a resultarme extraño y alarmante, Vin fue la persona que me tomó de la mano y me condujo de vuelta hasta el patio del colegio. Cuando los bravucones se burlaban de mí por haberme quedado sin padre, Vin se plantaba junto a la reja y se los quedaba mirando con ojos desorbitados hasta que volvían a refugiarse en sus partidos de *dodgeball*. Me crió como si fuera de su misma sangre y cuidó de mi madre cuando ésta comenzó a tomar pastillas y dejó de ser capaz de diferenciar los sueños de la vida real. Sabía que me quería, pero en el transcurso de aquel último par de años había llegado a la conclusión de que no quería formar parte de su mundo.

—Llegas tarde —dijo, con una voz que sonaba como una tapa de alcantarilla al ser retirada—. Hace media hora que debías estar aquí.

—Me he encontrado un atasco en la autovía. Creo que ha volcado uno de esos autobuses que llevan viejos a los casinos. Las retenciones llegaban hasta Camdem.

—Haber tomado la White Horse Pike. Habrías llegado en cinco minutos.

—No se me ha ocurrido.

—No se te ha ocurrido porque no querías que se te ocurriera —dijo mi padre.

Larry DiGregorio alzó su vaso de cerveza hacia mí y sonrió. Yo le di la espalda rápidamente y me vi reflejado en el espejo de detrás de la barra.

Había tenido la suerte de heredar los ojos oscuros y los pómulos altos de mi verdadero padre, pero aquella noche mi traje me estaba decepcionando. Una copia de Armani, azul, de seda y americana cruzada, que costaba trescientos dólares en The Italian Dimension, en Atlantic Avenue. Era el aspecto limpio, a lo GQ, que andaba buscando. Nada de mierdas en plan potro italiano, con las cadenas y la colonia. Deslumbrar y atufar, lo llamo yo. Pero en la columna de espejo más cercana, mi traje me hacía parecer un chaval de trece años que estuviese acompañando a la tía abuela Doris hasta su asiento en una boda.

—No hay respeto, no hay respeto —dijo mi padre, sacando un peine e intentando aplanar el mechón salvaje de pelo gris que siempre le sobresalía en lo alto de la coronilla.

Los otros dos se rieron y echaron un trago a sus jarras de cerveza.

—Siéntate un rato, Anthony, pareces hecho po-po-polvo —dijo Larry DiGregorio.

Apenas fui capaz de mirarle, sabiendo lo que esperaban que hiciera. Me acordé de la vez que me había llevado junto a su hijo, Nicky, a ver un partido de los Phillies cuando éramos niños. Todavía podía verlo, encaramándose sobre los espectadores del palco de al lado, intentando conseguir para nosotros una pelota nula bateada por Mike Schmidt. Pero fue demasiado lento. Después, se deprimió tanto que apenas fue capaz de dirigirnos la palabra. Incluso de niño sentía pena por él.

—No sé, Larry —dije, frotándome los dedos e intentando hallar alguna manera de escabullirme—. No sé. Ando muy estresado, muy estresado. Tendría que hacerme mirar la cabeza. ¿A quién se le ocurre montar una empresa de construcción en plena recesión?

—¡Recesión! —se burló Richie, como si nunca antes hubiera oído una palabra de más de dos sílabas. Dedicaba todo su tiempo a leer la *Muscle & Fitness* y *The Physician's Desk Reference* en busca de nuevas combinaciones de esteroides que poder probar.

En el dibujo de *Las edades del hombre*, Richie es el segundo por la derecha. Tenía el pecho tan hinchado que parecía que se hubiera tragado una pesa de noventa kilos. Una sola ceja le atravesaba la frente de un extremo a otro como una peluda vía de tren.

—Sí, recesión, Rich —le dije mirándolo—. ¿No has oído hablar de ella? Deberías leer un periódico al menos una vez en la vida.

Mi padre clavó un retorcido dedo en mi camisa blanca.

—Y si me hubieras hecho caso, no tendrías recesión de la que preocuparte. Yo aquí, intentando conseguirte algo de trabajo para que te vayas apañando, y tú ni siquiera eres capaz de llegar puntual a una cita. Te dije que a las siete y cuarto, y son casi las ocho menos cuarto.

—Hey, Vin —Larry puso una mano sobre el brazo de mi padre—. Está aquí. Es lo único que importa.

—Esa no es la cuestión —dijo mi padre, dando un manotazo sobre la mesa—. Intento que Anthony se porte como un hombre y acepte sus responsabilidades.

Los hay que tienen familias que quieren que sean médicos. Otros, familias a las que les gustaría que fueran abogados. La mía quería que fuese un gángster. Para mi padre, lo mejor que podía ser uno en esta vida era miembro de pleno derecho en la mafia. Poder entrar en cualquier bar o restaurante sabiendo que otros hombres te temen y te respetan e incluso se hacen cargo de tu cuenta. Había trabajado duramente toda su vida para acabar siendo el segundo al mando de una desaliñada cuadrilla local de Atlantic City. Pero aspiraba a más para mí. Pensaba que podría llegar a ser capo o quizá incluso *consigliere* de una de las principales familias.

No podía comprender que lo que yo ambicionaba más que cualquier otra cosa era un trabajo legal. Me había criado rodeado por la Cosa Nostra. Había perdido a mi auténtico padre por su culpa y estaba más que harto. No quería pasarme todas las noches de mi vida observando el techo, preguntándome si una pandilla rival iba a liquidarme o si la poli iba a arrestarme. Sólo deseaba lo que desean la mayoría de las personas con algo de educación universitaria: una casa más grande, vacaciones más largas, el cariño de mis hijos y una oportunidad para seguir prosperando. Pero mi problema era que, a la edad de veintiocho años, con una esposa y dos hijos a los que mantener, me las veía y me las deseaba para llevar una vida honrada. Hacía más de un año que no conseguía ni un solo contrato decente para mi constructora, a pesar de que me pasaba el día buscando clientes. Para mi padre, mi modo de vida era una vergüenza. Sólo los paletos trabajan de nueve a cinco.

—Escucha —dijo—. Si me dejaras hablar con Teddy, no volverías a tener que preocuparte de nada en la vida.

Teddy era el jefe de mi padre. Su *capodecine*. Un cerdo hinchado de 140 kilos de peso que siempre quería la mitad de lo que fuera que ganases. Le recuerdo robándome tortitas del plato cuando yo era niño.

—Si viviera como tú y trabajara para Teddy, tampoco ganaría dinero de verdad —dije—. Ni siquiera tendría un nombre.

—¿A qué viene eso? Yo tengo un nombre.

—¿Ah, sí? ¿Alguna vez has comprado un coche con tu propio nombre?

—¿Para qué? Tengo cuatro o cinco carnés de conducir.

Al otro lado de la mesa, Larry le daba sorbitos a su cerveza y usaba el pañuelo del bolsillo de su chaqueta para limpiarse la boca, ignorante de lo que le esperaba.

—¿Alguna vez has vivido en una casa que no tuviera el nombre de otro en los papeles? —le pregunté a mi padre.

—No. Y tampoco he pagado nunca impuestos. ¿Qué te indica eso? —dijo, volviéndose hacia Larry y señalándome con el pulgar—. ¿Lo ves? Se cree que formar parte de una cuadrilla es indigno de él.

—Bueno, Vin, los jóvenes de ahora n-n-no tienen las mismas prioridades que t-teníamos nosotros —Larry se acarició la parte de la cara en la que debería haber tenido la barbilla—. La f-familia no significa lo mismo para ellos.

—Eso es porque no entienden todos los sacrificios que tuvimos que hacer.

Larry se encogió de hombros mientras mi padre se frotaba la cara con el antebrazo—.

—Mira, V-vin. De todos modos n-n-nunca lo van a aceptar. ¿Qué se le va a hacer?

—Eso es —dije—. No puedo ser miembro de pleno derecho porque no tengo sangre siciliana por ambas partes. Son las reglas.

Esperaba que aquello pudiera acabar con la conversación, pero mi padre no pensaba dar su brazo a torcer.

—Todo hombre quiere que su hijo tenga una vida mejor que la suya —dijo con seriedad—. Quizá puedan alterar las reglas por una vez.

—Hey, no seas tan... oficioso conmigo.

Mi padre me miró como si le estuviera provocando migraña.

—¿Oficioso?

—V-vin —Larry se inclinó sobre la mesa y agarró a mi padre del codo en una muestra de camaradería de la vieja escuela—. Qui-quizá sea mejor así. Mira a mi hijo, a Nicky. Si hubiera sido capaz de mantener las manos limpias, como Anthony, a lo mejor yo no tendría que estar aquí esta noche intentando solucionar las cosas contigo.

Mi padre farfulló.

—Y si Nicky hubiera venido a hablar en persona, podrías haberte ahorrado el paseo, Larry.

—¿Te has enterado? —Larry se volvió hacia mí en busca de un potencial aliado—. Mi Nicky tuvo un pequeño m-m-malen-tendido con el fondo de p-p-pensiones del sindicato.

—Se estaba embolsando mil quinientos extra a la semana —dijo mi padre, mirándome a los ojos—. ¿No tienes nada que decirle a Larry al respecto?

—¿Qué? —me limité a devolverle la mirada.

—¿No quieres decirle nada a Larry?

—No —desvié la mirada—. ¿Qué podría decirle?

—Esa cosa que me dijiste que le ibas a decir.

Los ojos de mi padre eran como dos taladros hundiéndose en un costado de mi cráneo. De repente fui consciente de los ruidos de cada bocanada de aire respirada en el bar, del tic-tac del reloj y de la vibración en la garganta de Tony Bennett mientras cantaba “Cold, Cold Heart” en la radio.

—No tengo nada que decirle a Larry —dije.

Mi padre seguía mirándome. Me dio un pequeño puñetazo en el hombro.

—¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro.

Vi a Larry mover los ojos nerviosamente. Si hubiera tenido una pizca de cerebro, se habría puesto en pie de un salto y habría salido corriendo de allí.

Me palmeé los bolsillos y encorvé los hombros mientras la sangre empezaba a palpitarme en las orejas.

—No tengo nada para él.

—Aghh —mi padre hizo un aspaviento de desagrado con la mano e hizo ademán de ir a levantarse—. Voy a echar una meada.

—No te caigas dentro —dijo Richie mientras Larry se apartaba para dejar salir a Vin.

Mi padre rodeó la barra circular con superficie de cromo y abrió la puerta marrón que había al otro extremo del club con un cartel que anunciaba: «Sirenos». La mayor parte de la tensión



abandonó la estancia con él. El palpito en mis orejas disminuyó y dejé que la música de la radio me inundara. Tony Bennett estaba atacando todas las notas altas. Larry iba a estar bien, pensé.

Él volvió a sentarse y alargó el brazo por encima de la mesa para palmearme la mano.

—Es un viejo tocachuevos —dijo suavemente—. P-pero te quiere. N-no lo olvides nunca.

—Lo sé, Larry. Pero es que no lo entiende.

—Claro que no, pero desde su punto de vista sólo q-quiére lo mejor para ti.

La bola de discoteca giraba lentamente en el techo y una miríada de estrellas de luz se perseguían unas a otras por la habitación. Me recordaron a las gaviotas de afuera.

Estaba a punto de decirle a Larry que aquel sería un buen momento para marcharse. Pero justo entonces mi padre salió del cuarto de baño con una Magnum .357 en la mano, tal como había pensado que haría. Rodeó la barra y la levantó lentamente, apuntando a Larry a unos cuatro metros de distancia. Me preparé para tirarme al suelo y taparme los oídos.

Pero entonces sucedió algo increíble. El viejo Larry DiGregorio, que siempre había tenido los reflejos de un adicto al Valium, se metió la mano en la chaqueta y sacó una .38 de cañón chato. Antes de que ninguno de nosotros pudiese reaccionar, le pegó un tiro a mi padre y la realidad empezó a disolverse. El ruido del disparo hizo que Richie chillara como una escolar que hubiera encontrado una cucaracha bajo su silla. Mi corazón dio tal vuelco que tocó los pulmones. Pero mi padre sólo tenía pinta de molesto, como si acabara de recordar que se había dejado las llaves en el coche. Cayó al suelo hecho un amasijo mientras Tony Bennett terminaba su canción. En la lejanía, sonó una sirena antiniebla.

Larry se volvió lentamente hacia nosotros como un director de instituto a punto de echar una charla.

—¿Sabéis? Quiero creer que ninguno de vosotros ha tenido nada que ver con esto —dijo con la voz más firme que le había oído en mi vida.

Me quedé sin aliento. Richie dejó escapar un pedo tan estruendoso que sonó como si se estuviera sonando la nariz en los pantalones. Larry hizo ademán de ir a sentarse. No vio a mi padre alzarse tras él como una criatura de película regresando de la tumba. Con una sola mano, Vin agarró el taburete más cercano y se abalanzó sobre él. Antes de que Larry pudiera darse cuenta, Vin le había estampado el taburete en la cabeza.

Se armó la de Dios. Los dos cayeron al suelo y empezaron a pelear como un par de viejos chimpancés debajo de un bananero. Volaban escupitajos, sillas y mesas cayeron al suelo. Se pusieron a rodar uno encima del otro en dirección a la barra, jadeando trabajosamente. Primero mi padre quedó encima. Después Larry. Un par de lentes bifocales cayeron al suelo. Después una dentadura postiza. Y a continuación un audífono. Algo peludo se escurrió sobre la cabeza de Larry y me di cuenta de que había perdido la peluca. Era como si se estuvieran desmontando el uno al otro. Varios vasos cayeron de la barra, haciéndose añicos junto a sus caras. Un picahielo rodó tras ellos. Mi padre lo agarró e intentó clavárselo a Larry en el ojo. Larry lo agarró de la mano y mordió a Vin en la oreja. Me sentí como si alguien me hubiera cogido todas las terminaciones nerviosas de la nuca y hubiera hecho un torniquete con ellas.

El dilema de toda mi vida quedó concentrado en aquel par de segundos. Hasta la última fibra de mi cuerpo gritaba: vete, márchate de aquí, súbete al coche y no pares hasta encontrarte a un millón de kilómetros. Pero sabía que tenía que quedarme. Vin era algo más que el hombre que se había casado con mi madre. Era mi padre, mi protector, mi escudo y espada frente al resto del mundo.

—¡DÁMELO! ¡DÁMELO! ¡DÁMELO! —resultaba imposible dirimir cuál de los dos estaba gritando.

Vi a Richie sentado en el reservado como una ballena varada. Mi viejo estaba en el suelo profiriendo un espantoso «ACK-ACK-ACK» de estrangulamiento. Me necesitaba. Pero los dos tenían revólveres que podrían dispararse en cualquier instante. Me obligué a dar un paso hacia ellos, pero entonces dos ásperos estallidos me detuvieron en seco a unos tres metros de distancia y oí un ruido pegajoso, como el de un cuchillo al entrar en una calabaza.

Peggy Lee cantó “Is That All There Is?” en la radio.

Alguien gimió. Un cubito de hielo crujió. Bajo la remolineante luz de la bola de discoteca pude ver el contorno de un brazo que quedaba inmóvil. La pistola escupió otro *pam pam* amortiguado y entonces los dos se quedaron muy quietos.

Por un momento, temí que ambos pudieran estar muertos. El dolor de cabeza pasó a ser un suplicio cegador justo en los párpados. ¿Cómo iba a explicar lo que estábamos haciendo allí? ¿Qué haríamos con sus cuerpos? ¿Y qué haría yo sin mi padre? Hasta aquel momento no me había dado cuenta de que lo quería casi tanto como él a mí.

Oí otro gemido y entonces, lentamente, Vin empezó a desenredar sus brazos y piernas de la pila de miembros que había en el suelo. Se puso en pie y me miró a mí, luego a Richie y luego otra vez a mí.

—Maldita sea —dijo—. Cuando te he preguntado si tenías que decir algo, se suponía que debías arrojarte sobre él y estrangular al muy gilipollas.

—No he traído la soga —dije, aturdido. Seguía conmocionado por lo que acababa de suceder.

—¿Eh?

—He dicho que se me ha olvidado la soga. Supongo que aún seguiré en el maletero —lo cual era mentira. No había querido tener nada que ver con matar a Larry y mi padre lo sabía.

Soltó un taco por lo bajini y empezó a borrar sus huellas de la pistola con las faldas de la camisa.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, sólo me ha rozado —mi padre comprobó el hombro de su camisa, atravesado por la bala. Parecía más preocupado por el desgarrón en la tela que por la costra que se le estaba formando en la piel.

Dejé escapar un suspiro de alivio y fui a observar más de cerca a Larry. Estaba tirado en el suelo, completamente inmóvil, con cuatro agujeros de bala en el pecho y el picahielo clavado en el riñón. La peluca seguía tirada a un lado, dejando expuesto su pálido y desnudo cráneo. Estaba cubierto de sangre y tenía la mitad del *blazer* hecho un ovillo bajo la espalda. No pude evitar pensar que lo habría preferido cerrado para que se vieran bien los botones de latón. La peste era tan abrumadora que se diría que una nube emanase del cuerpo.

En retrospectiva, creo que nunca me había sentido tan confuso. Sabía que mi padre había matado a gente, pero nunca lo había visto hasta entonces. Su violencia me provocó náuseas. No es sólo que me revoliera el estómago, es que me partió el cerebro en dos. ¿Cómo podía el mismo hombre que me había acompañado hasta el colegio hacerle aquello a otra persona?

Pero al mismo tiempo, me sentí secretamente enardecido. Había algo increíblemente poderoso en el hecho de haberle visto arrebatarse una vida. Él y Larry se habían enzarzado en un abrazo mortal del cual había conseguido salir por su propio pie. Larry no. Ver aquello me cambió, pero en aquel momento no supe cuánto. Casi de inmediato volví a sentirme horrorizado y avergonzado.

Mi padre se acercó y sacudió el cuerpo de Larry con el pie.

—Se suponía que esto debías hacerlo tú, no yo —me dijo con la voz rasposa, guardándose en el bolsillo la .38 que había quedado tirada junto a Larry—. Hemos esperado tanto que si no le llego a disparar se habría marchado.

—Y aun así casi se ha ido —dijo Richie Amato, con una sonrisa burlona.

—¡Tú cierra el pico! —le rugió mi padre—. Que ni siquiera has sido capaz de levantar el culo del asiento.

Cogió la cerveza de Larry, que se había mantenido intacta sobre la mesa durante todo el incidente, y se la terminó de un solo trago. El «jódete» supremo del más macho. Mata a tus enemigos. Toma a sus mujeres. Y si no hay mujeres a la vista, bébete su cerveza.

¿Qué podía hacer yo? ¿Llamar a la policía? Era mi padre. Además, empezaba a ser gradualmente consciente de que sólo mi presencia ya me convertía en cómplice de asesinato premeditado. No podía decirle nada a nadie sin implicarme a mí mismo.

—Ah, mierda —mi padre empezó a limpiarse la sangre del antebrazo con una servilleta de cóctel. Su camisa apestaba a sudor y su respiración sonaba como un montón de ratas corriendo por un túnel de viento—. Ahora tengo un problema.

Volvió a inspirar profundamente y estiró los hombros hacia atrás. Una única vena verde le palpitaba en la sien izquierda. Su cuerpo seguía irradiando todo el odio que había tenido que generar para alzarse y matar a Larry.

—¿Qué pasa?

Miró el cuerpo de Larry y negó con la cabeza:

—La idea no era dispararle ni apuñalarlo. Teddy lo quería estrangulado y quería que lo hicieras tú. Era parte del plan para acabar pasándote a ti el sobre del sindicato.

—A mí no me mires —dije bruscamente—. Yo no quería saber nada de todo esto. Si he venido aquí esta noche ha sido únicamente porque creí que habría una oportunidad de encontrar una solución pacífica...

Pero incluso mientras estaba diciendo aquello me di cuenta de que no podía dejar de mirar el cadáver de Larry. Lo que había sucedido era terrible, pero de algún modo me sorprendí adaptándome a las circunstancias. Larry estaba muerto. No podía hacer nada por él.

—Bueno, mira —dijo mi viejo, extrayendo el picahielo del costado de Larry—. A lo mejor podemos hacer una cosa.

—¿Como qué?

Se mordió el labio inferior.

—A lo mejor puedes apretarle el cuello con una cuerda y decir que lo hiciste tú y que yo sólo te eché una mano para acabar.

—Pero si está lleno de agujeros —dijo Richie, convertido de repente en un experto forense—. Le echarán un vistazo y dirán que lo que le mató fueron los balazos, no la cuerda.

Mi padre estudió cuidadosamente el rostro de Larry.

—Entonces tenemos que idear algún modo para que saque la lengua y se le salten los ojos.

Yo me enderecé la corbata y me aclaré la garganta. Es asombroso lo rápidamente que las cosas pueden volver a parecer normales. La bola de discoteca seguía girando en el techo, la música seguía sonando en la radio, las cervezas seguían estando bien frescas al otro lado de la barra, esperando a ser vendidas a tres dólares la unidad. Lo único que había cambiado en el local era el cuerpo de Larry, tirado sobre la moqueta.

—Mira —dije—, olvídate de quién le hizo qué a quién. ¿Qué vamos a hacer con él?

—Hey —mi padre me lanzó una mirada de irritación—. Sólo intento ganarte algunos puntos con Teddy.

—Pues olvídale —le interrumpí—. Si dices una mentira, volverá para morderte el culo.

Aquello era lo último que necesitaba. Ya estaba implicado en un asesinato. Ahora Vin quería poner el arma en mi mano. Lo único que deseaba era marcharme de allí, tomarme una copa y algo de tiempo para arreglar las cosas.

Mi padre volvía a observarme mosqueado.

—¿Sabes? Los putos críos de hoy en día me matáis —dijo, volviéndose también hacia Richie—. ¿Quiere alguno de vosotros traerme un plástico para que pueda envolver a este hijoputa?

Richie salió corriendo hacia el almacén trasero, todo entusiasmo, ahora que ya no había ningún peligro. Yo seguía observando a Larry. Tan sólo un par de minutos antes me había estado preguntando qué tal me iba el negocio.

—Oficioso —dijo mi padre, agarrándolo de los tobillos y llevándoselo a rastras—. ¿Es esa la palabra que has usado antes?

—Sí, papá. Oficioso.

—Putos críos —dijo—. De verdad que me matáis.